

LOS VERSOS DE CORDELIA

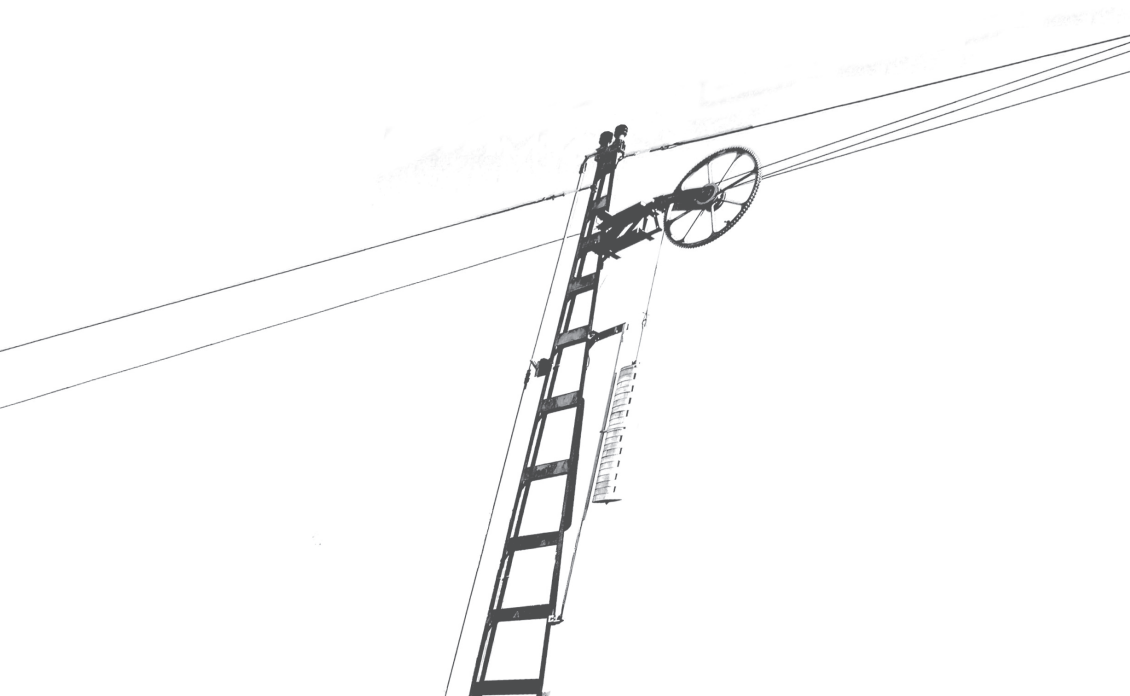
XVII PREMIO DE POESÍA ELADIO CABAÑERO

Un jurado presidido por María Dolores Coronado González y compuesto por Luis Alberto de Cuenca y Prado, José Esteban Gonzalo, Guadalupe Grande Aguirre y Jesús Urceloy, con Victoria Bolós Montero como secretaria, concedió por unanimidad a *Gran Sur*, de Toño Benavides, el *XVII Premio de Poesía Eladio Cabañero*, convocado por el Ayuntamiento de Tomelloso.



18
LOS VERSOS DE CORDELIA

Gran Sur



Primera edición en LOS VERSOS DE CORDELIA, septiembre de 2014

Edita: Reino de Cordelia
Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid
www.reinodocordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.

© Toño Benavides González, 2014

Ilustración de cubierta, © Toño Benavides, 2014



Área de Cultura



Esta obra, premio Eladio Cabañero del Ayuntamiento de Tomelloso, ha sido publicada con el patrocinio de VERUM Bodegas y Viñedos

IBIC: DCF
ISBN: 978-84-15973-35-5
Depósito legal: M-25125-2014

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Gráficas Zamart
Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Gran Sur

Toño Benavides



Índice

Gran Sur	17
Buenos días, princesa	21
La tierra baldía	23
Donde cesan las mareas	27
Almas de jueves	31
Seis de la mañana	33
Llevados por la corriente	35
Viajeros	37
Paisaje límite	41
Pájaros de lunes	45
El cielo en blanco	47
Planes contra el vendaval	49

	Pirámide	51
	Duermo en la calle	53
	Sísifo	57
	Luces de emergencia	63
Mira la gente que viaja con nosotros		65
	Edificio en destrucción	67
	Zona de obras	69
	En el fin del mundo	71
	El tren de carne	75
	Zona de sombra	83
	Reloj de arena	87
	Superficie	89
	Aeropuerto	93
	Un traje de piel	97

Enmiendas a la vida	101
Mario	103
Que tu propia sombra te encuentre	105
Pájaros	107
Ahora	109
El extranjero	113
Inercia	115
Cuídate de ti	117
Vivir	121
Quiero leerte por dentro	125
Vencido	127
La queja de tu sombra	131
El niño	133
La memoria de los peces	135

Para Mario:
Relámpago en la conciencia.

Para Marta:
Gesto de luz por el andén
a uña de baldosa levantada.

Desperation is the raw material of drastic change.
Only those who can leave behind everything they
have ever believed in can hope to escape.

WILLIAM S. BURROUGHS*

* La desesperación es la materia prima del cambio drástico. Sólo aquellos que consiguen dejar atrás todo en lo que siempre han creído pueden tener esperanzas de escapar.

WILLIAM S. BURROUGHS

Gran Sur

DESDE EL KILÓMETRO cero a corazón acantilado,
después de abandonar la cima iluminada de las calles,
el vaivén de la noche-carne brillante, risa de neón y tacón de pavimento-espejo,
a hora y media del mundo mientras caemos
bajo la espalda lacerada por el hierro de las estructuras,
a través de la tierra baldía del zoológico y el Parque de Atracciones,
se extiende el sueño arbolado por antenas de televisión,
emerge la Luna, corona de cartón-piedra,
sobre los centros comerciales en las márgenes del tiempo.

Los trenes desahucian de madrugada
el hambre del estudiante y el cuerpo cansado,
en la frontera de aliento minado por la estela de los vuelos comerciales.
Entre la tierra y el cielo del estadio a voz en grito,
la hierba de plomo, la nómina del hambre, pacen los bueyes
por los campos de cemento del Gran Sur.

Corremos por el andén a uña de baldosa levantada
en la turbulencia de los trenes de cercanías.
Las casas guardan bajo llave almas de zapato, bostezan
ropa tendida sobre la estación.

No crucen las vías.
No pongan los pies en los bancos.
No salten por encima de la charca, ni aplasten lagartijas de cartón.
No tienten a la sirena de la ambulancia, el aguijón de los hospitales,
el pétalo de sangre en la rosa alambrada.
No recojan las palabras tiradas por el suelo.
No escuchen el crujir de los huesos.
No miren al vacío en el reloj.

Tiempo suspendido en el vuelo espiral de los vencejos,
silencioso como las vacaciones en el patio de un colegio.
El viento solar, dueño de las calles, juega
en remolinos de plástico y hojarasca.

Lejos de los aeropuertos al árbol de la tierra prometida,
naufraga en cloro turquesa la eterna página en blanco
del cuaderno escolar ahogado en la piscina.

Los Chicos del Vertedero olvidan la playa
en la rompiente de las naves industriales.

En el váter del centro comercial se buscan el olor bajo el rabo
los perros que faltaron a las clases.

Torneo de pulso y brazalete de cuero macerado
en el sudor-cerveza y aliento de pincho quemado al gas butano.
Globo de chicle el vientre de la muñeca-bragas de lycra, ave
de culo hamburguesa, reclamo estupefaciente
de pollos-pantalón vaquero y huevos apretados
en el potro música-máquina de la discoteca móvil.

Babea la tribu adolescente de los mandriles
bajo la ventana de la niña que descuelga el tinte de su pelo
hacia el oropel de los bazares chinos,
hacia la bragueta del percherón tatuado,
hacia el riñón forrado del fontanero.

Y en la pared de un almacén, tras años de intemperie,
inocente como el primer día del verano, aún late
el sarampión de una pintada:

BUENOS DÍAS, PRINCESA

Buenos días, princesa

BUENOS DÍAS, princesa.

En qué armario se quejan tus zapatos desgastados.

En qué sueño tu calle

muere hacia la proa de los buques.

En qué baile se rompe tu vestido.

Qué aguja de madre ciega

cose en blanco tus costuras. Qué padre

apura en copas tus preguntas.

Qué trenes bajo las piernas

te extravían los apuntes, te rompen las uñas, el bolso,

abandonado a la noche como una meada en el andén.

Buenos días, princesa.

Eleva el día sus paredes

de ladrillo, cae la luz sobre las calles.
Cantan —como si manara el río
en el hueco de sus alas,
pincelada de sombra— estos pájaros
que dispara la mañana
contra el cielorraso de tu dormitorio,
que llegaron cosidos a la ropa de tus padres
en el baúl que se perdió en el humo de las estaciones.

Buenos días, princesa.
Cantan como si mañana
fuera posible, como si anidaran
de colores las bombillas de una fiesta, cantan
sometido el bosque de árbol en farola,
de cornisa en papelera,
en la boca de los garajes,
en la copa de los semáforos,
en la esquina-orín de los borrachos, cantan
y olvidan
la lengua de los muertos que pensaron tu nombre.

La tierra baldía

“¿Cuáles son las raíces que prenden, qué ramas se extienden en estos pétreos escombros? Hijo de hombre, no lo puedes decir, ni adivinar, pues sólo conoces un manojo de imágenes rotas en las que el sol golpea [...]”.

T. S. ELIOT

EN EL GRAN SUR

la tierra es plana como un proyecto inacabado.
No hay puertos de mar ni pasos de montaña.
Vuelan los aviones por debajo del horizonte.
Los chicos fuman a la sombra del tobogán,
esperan todavía dinosaurios infantiles
a la vuelta de los sueños.
Los focos barren las canchas, detectores
de oro rebelde y secretos por descubrir
en la cuadrícula de los cuadernos escolares.
Los pasos de peatones conectan islas repetidas.
Pacen *Los caballos de Abdera*
en glorietas delineadas a cuchillo.

El vidrio en el ojo del mendigo deforma la calle
con esa luz-golpe de hacha,
reflejo de escaparate fragmentado
que recorta sombras violentas en escuadra
y parte los cuerpos en diagonal.

Hay un árbol por cada perro,
un parque por cada viejo,
un semáforo por cada hombre libre y las mujeres
llevan el dolor de espalda cosido en la mirada,
los hijos agarrados a las piernas y en el pecho
el cangrejo invisible de la incertidumbre.

No fluye el agua de Cibeles
bajo el cemento del Gran Sur, los centauros
cuelgan de los ganchos del matadero.
Por los bordillos de las aceras
tropieza el dios Baco matando cucarachas.
Mercurio languidece en los bazares chinos.
Disecados en plástico mueren los héroes,
olvidan el camino de vuelta.
La luna vive de recuerdos, amanece

arrastrando el bolso por las calles del polígono
y el sol es un aullido
en el terco dibujo de los edificios.

La televisión rompe en carcajadas
contra el interior de las ventanas.
Cede la mano del mando a distancia.
Se quedan a vivir entre nosotros
los payasos, los juglares, los enanos,
los elefantes ciegos, los gatos amaestrados.
El fútbol toma la calle, cambia de color
la camisa del fin de semana,
se aflojan las argollas
y vuelve a caducar el futuro.

Donde cesan las mareas

SALGO a tierra firme.

Crecen los edificios en los cráteres de la luna.

Se almacena el forraje en las gradas del polideportivo.

Los corredores cruzan los pasos de peatones
como gacelas con pensamientos de buzo loco.

He llegado hasta aquí

engullido por la máquina que bate el aire del túnel,

con el caballo que perdió las crines en el engranaje,

con la vaca uncida de lunes a domingo,

con el pájaro muerto en el patio del colegio.

He venido saltando

por encima del sueño de los vigilantes

con los que no duermen por el precio del billete,

los que vuelan cuando no corren,
liebres de máquina canceladora,
fugitivos de andén y barranco de escaleras;
abiertas de urgencia las venas,
vuelta del revés la branquia del bolsillo,
borrón de luz y ropa sucia
en las cámaras de seguridad.

Me ahogo en el agua que pierden
los que han aprendido a sellar el espacio entre los dedos
para retener la moneda fraccionaria.
Los que arañan el fondo del pozo hasta los nudillos.
Los que miran a mil metros la pared de enfrente
mientras rompe el mar a sus espaldas.

Paseo contra los cuerpos
que se cuelgan el reflejo de los escaparates,
que vienen en dirección contraria y me miran
como quien se saca fotos morbosas
a la puerta de un lugar oscuro
donde no entraría nunca.

El teléfono es un perro que muerde,
cuando no enmudece como quien no existe, y me empuja
hacia el silencio de habitaciones interiores
donde se empaña la perspectiva de los cuadros,
las paredes no acusan el eco de los pensamientos
y cuelgan relojes que duermen hacia atrás
con la almohada de los sueños fuera de cobertura.

Yo viajo todos los días
por la tierra que secó *El árbol de la ciencia*
y he llegado hasta aquí,
donde han cesado las mareas,
aturdido por el silencio de la multitud.